

*Las crónicas de Clifton*

# Jeffrey Archer

Cuidado con lo  
que deseas



«Cuidado con lo que deseas», cuarta entrega de las crónicas Clifton de Jeffrey Archer, comienza con la carrera desesperada de Harry Clifton y su esposa Emma al hospital para saber qué destino ha corrido su hijo Sebastian después de un fatal accidente de tráfico. Pero, ¿quién ha muerto, Sebastian o su mejor amigo, Bruno?

Cuando Ross Buchanan se ve obligado a dimitir como director general de la Compañía Naviera Barrington, Emma Clifton ve la oportunidad de ocupar su lugar. Sin embargo, don Pedro Martínez pretende colocar en el puesto a una marioneta, el egregio comandante Alex Fisher, para así destruir la compañía de la familia Barrington en el momento en que empiezan los planes para construir su nuevo crucero de lujo, el MV Buckingham.

En Londres, la hija adoptiva de Harry y Emma obtiene una beca para entrar en la Academia Slade de Arte. Allí se enamora de otro estudiante, Clive Bingham, quien no tarda en pedirle matrimonio. Ambas familias están encantadas con el compromiso, al menos hasta que Priscilla Bingham, la futura suegra de Jessica, recibe la visita de una vieja amiga: *Lady Virginia Fenwick*, quien se encarga de arruinar de forma sibilina la boda.

Entonces, sin previo aviso, un sencillo habitante de Yorkshire llamado Cedric Hardcastle consigue un puesto en el consejo de administración de los Barrington, a pesar de que nadie lo conoce. La agitación posterior, que nadie podría haber previsto, cambiará las vidas de todos los miembros de las familias Clifton y Barrington. La primera decisión de Hardcastle será apoyar a quien ha de ponerse al frente de la compañía: ¿Será Emma Clifton o el comandante Alex Fisher? Con esa decisión la historia se embar-

cará en una serie de giros argumentales que tendrán en vilo al lector hasta el inesperado final.

*Para Gwyneth*

## Agradecimientos

**M**i sincero agradecimiento a las siguientes personas por sus valiosísimos consejos y su inestimable ayuda con la investigación: Simon Bainbridge; Eleanor Dryden; el catedrático Ken Howard, miembro de la Real Academia de Bellas Artes; Cormac Kinsella; el National Railway Museum; Bryan Organ; Alison Prince; Mari Roberts, el doctor Nick Robins; Shu Ueyama; Susan Watt y Peter Watts.

## PRÓLOGO

**S**ebastian agarró con fuerza el volante del pequeño MG. El camión de detrás chocó con su guardabarros y lo desplazó un poco, haciendo saltar por los aires la matrícula. Intentó avanzar algún metro más, pero no podía ir más rápido sin chocar con el de delante y que lo aprisionaran entre los dos.

Unos segundos después salieron propulsados de nuevo cuando el camión de detrás embistió el MG y lo dejó a medio metro del que lo precedía. Solo con el tercer golpe recordó Sebastian las palabras de su amigo: «¿Estás seguro de haber tomado la decisión correcta?». Miró de reojo a Bruno, aferrado al salpicadero con ambas manos.

—¡Nos quieren matar! —gritó—. ¡Por Dios, Seb, haz algo!

Sebastian miró impotente los carriles por los que un torrente de vehículos circulaba en dirección contraria.

Cuando el camión de delante empezó a decelerar, supo que, si quería que sobrevivieran, debía tomar una decisión, y tomarla rápido.

Dio un volantazo a la derecha y, atravesando la mediana ajardinada, se precipitó hacia los vehículos que venían de frente. Pisó a fondo el acelerador y rezó para que alcanzaran la pradera del otro lado sin chocar con nadie.

Una furgoneta y un coche frenaron de golpe y viraron para esquivar al pequeño MG, que cruzaba la autopista como una bala. Por un segundo pensó que iban a conseguirlo, hasta que vio el árbol que se alzaba imponente delante de ellos. Quitó el pie del acelerador y giró el volante

a la izquierda, pero ya era tarde. Lo último que oyó fueron los gritos de Bruno.

# **HARRY Y EMMA**

1957-1958

## 1

**A** Harry Clifton lo despertó el teléfono. Estaba soñando, pero no recordaba qué. Quizá aquel persistente sonido metálico fuera parte del sueño. A regañadientes, se volvió hacia la mesilla y, con los ojos entornados, miró las manillas fosforescentes del reloj: las seis cuarenta y tres. Sonrió. Solo a una persona se le ocurriría llamarlo a esas horas. Descolgó el teléfono y murmuró con voz de muchísimo sueño:

–Buenos días, cariño. –No hubo respuesta inmediata y, por un instante, pensó que la operadora del hotel le había pasado la llamada por error. Estaba a punto de colgar cuando oyó un llanto–. ¿Emma, eres tú?

–Sí.

–¿Qué pasa? –le preguntó con ternura.

–Sebastian ha muerto.

Harry no contestó enseguida porque, de repente, quería creer que estaba soñando.

–¿Cómo es posible? –dijo al fin–. ¡Si hablé con él ayer!

–Ha sido esta mañana –contestó Emma, incapaz de pronunciar más que un puñado de palabras cada vez. Harry se incorporó, de pronto despejado–. En un accidente de tráfico –prosiguió ella entre sollozos. Él procuró mantener la calma hasta saber qué había ocurrido exactamente –. Iban a Cambridge juntos.

–¿«Iban»? –repitió.

–Sebastian y Bruno.

–¿Bruno ha sobrevivido?

–Sí, pero está en el hospital de Harlow y no saben si pasará de esta noche.

Harry se destapó y plantó los pies en la moqueta. Estaba helado y se le había revuelto el estómago.

–Cojo un taxi al aeropuerto y pillo el primer vuelo de vuelta a Londres.

–Yo voy derecha al hospital –dijo ella. Como no añadió nada más, Harry pensó que se había cortado la llamada. Entonces la oyó susurrar–. Hay que identificar el cadáver.

Emma colgó, pero tardó un rato en reunir fuerzas para levantarse. Por fin consiguió cruzar la estancia, tambaleándose, aferrándose a los muebles, como un marinero en plena tormenta. Al abrir la puerta del salón se encontró a Marsden en el vestíbulo, con la cabeza gacha. Jamás había visto a su viejo mayordomo mostrar un atisbo de emoción delante de un miembro de la familia y le costó reconocer a la figura abatida que se asía a la repisa de la chimenea para no desfallecer. Su habitual máscara de autocontención se había visto reemplazada por la cruda realidad de la muerte.

–Mabel le ha preparado una maleta pequeña, señora –balbució–, y, si me lo permite, yo la llevaré en coche al hospital.

–Te lo agradezco inmensamente, Marsden –dijo Emma mientras él le abría la puerta de la calle.

Cuando bajaban los escalones hasta el coche, la cogió del brazo; la primera vez que atrevía a tocar a la señora. Le abrió la puerta del vehículo y ella subió y se dejó caer en el asiento de cuero como si fuera una anciana. Marsden arrancó, metió primera y emprendió el largo viaje de la Mansión al Princess Alexandra Hospital, en Harlow.

De pronto, Emma cayó en la cuenta de que no les había contado lo ocurrido a sus hermanos. Llamaría a Grace y a Giles esa noche, que seguramente estarían solos. No le apetecía hablarlo en presencia de extraños. Y entonces sintió una punzada en el estómago, como si la apuñalaran.

¿Quién iba a decirle a Jessica que ya nunca más vería a su hermano? ¿Volvería a ser la niña alegre que correteaba alrededor de Seb como un cachorrillo obediente, meneando la cola con adoración desmedida? No quería que nadie más se lo dijera a Jessica, así que tendría que volver a la Mansión cuanto antes.

Marsden se detuvo en la gasolinera de la zona, donde solía llenar el depósito los viernes por la tarde. Cuando el empleado vio a la señora Clifton en el asiento de atrás del Austin A30, la saludó haciendo ademán de quitarse la gorra. Ella no respondió y el joven se preguntó si la habría ofendido. Llenó el depósito y levantó el capó para comprobar el aceite. Volvió a bajarlo y se despidió tocándose de nuevo la visera, pero el mayordomo arrancó sin decir adiós ni darle la habitual moneda de seis peniques.

—¿Qué les pasa? —masculló el joven mientras el vehículo se alejaba.

Una vez se incorporaron de nuevo a la carretera, Emma trató de recordar las palabras exactas que el decano de admisiones de Peterhouse había empleado para participarle entre titubeos la noticia: «Lamento comunicarle, señora Clifton, que su hijo ha muerto en un accidente de tráfico». Amén de tan cruda afirmación, el señor Padgett parecía saber poco más, pues, como bien le había dicho, no era más que el mensajero.

A Emma se le amontonaban las preguntas en la cabeza. ¿Por qué había ido su hijo a Cambridge en coche si ella le había comprado un billete de tren hacía solo un par de días? ¿Quién conducía, Sebastian o Bruno? ¿Iban demasiado rápido? ¿Habría reventado una rueda? ¿Había sido culpa de otro conductor? Muchas preguntas para las que dudaba que alguien tuviera respuesta.

Unos minutos después de hablar con el decano de admisiones, la había llamado la policía para preguntarle si el señor Clifton podría ir al hospital a identificar el cadáver. Emma les explicó que su marido estaba en Nueva York,

promocionando su novela. De haber sabido que regresaría a Inglaterra al día siguiente, no habría accedido a hacerlo ella. Por suerte, volvía en avión y no iba a tener que pasar cinco días llorando la muerte de su hijo por todo el Atlántico él solo.

Mientras Marsden cruzaba pueblos desconocidos (Chippenhams, Newbury, Slough...), don Pedro Martínez irrumpía una vez más en los pensamientos de Emma. ¿Habría querido vengarse por lo ocurrido en Southampton hacía solo unas semanas? Pero eso era absurdo, teniendo en cuenta que Bruno Martínez también iba en el coche. Cuando Marsden salió de la Great West Road y giró hacia el norte en dirección a la A1, la autopista por la que Sebastian había circulado hacía solo unas horas, Emma volvió a pensar en su hijo. Una vez había leído que cuando uno sufre una tragedia, no quiere más que retroceder en el tiempo. Lo mismo que le pasaba a ella.

El viaje se le hizo corto porque no pudo dejar de pensar en Sebastian. Se acordó de cuando nació, mientras Harry estaba encarcelado en la otra punta del planeta; de sus primeros pasos a los ocho meses y cuatro días; de su primera palabra, «más»; y de su primer día de colegio, en que se bajó del coche antes de que a Harry le diera tiempo a frenar; y de Beechcroft Abbey, cuyo director había querido expulsarlo, pero finalmente le había dado una tregua porque había conseguido una beca para Cambridge... Tanta vida por delante, tantos logros truncados..., todo se había hecho historia en un instante. Y por último, el terrible error que ella había cometido al permitir que el secretario del gabinete la convenciera de que Seb podía ayudar al Gobierno a llevar a don Pedro Martínez ante la justicia. Si hubiera rehusado la petición de *sir* Alan Redmayne, su hijo seguiría con vida. Sí, si...

Cuando llegaron a las afueras de Harlow, Emma miró por la ventanilla y vio un poste indicador del Princess Alexandra Hospital. Procuró centrarse en lo que se esperaba

de ella. Al poco, tras cruzar una verja de hierro forjado que jamás se cerraba, Marsden se detuvo a la entrada del hospital. Emma bajó del vehículo y se dirigió a la puerta mientras el mayordomo buscaba aparcamiento.

Se presentó a la recepcionista y la sonrisa de la joven se tornó en tristeza.

–Si es tan amable de esperar un momento, señora Clifton –le dijo, levantando el auricular del teléfono–, voy a avisar al señor Owen de que está aquí.

–¿El señor Owen?

–El médico que estaba de guardia cuando han traído a su hijo esta mañana.

Emma asintió y empezó a pasearse nerviosa por el pasillo, cambiando el revoltijo de pensamientos por un revoltijo de recuerdos. «¿Quién, por qué, cuándo...?». Solo dejó de pasearse cuando una enfermera de cuello almidonado y elegantemente uniformada le preguntó:

–¿Es usted la señora Clifton? –Emma asintió con la cabeza–. Venga conmigo, por favor.

La enfermera la llevó por un pasillo de paredes verdes. En silencio. Pero, claro, ¿qué iban a decir? Se detuvieron delante de una puerta con un rótulo que rezaba William Owen, cirujano.

Un hombre calvo, alto y delgado con el lúgubre semblante de un enterrador se levantó de su escritorio. Emma se preguntó si aquel rostro sonreiría alguna vez.

–Buenas tardes, señora Clifton –le dijo, y la acercó a la única silla cómoda del despacho–. Siento mucho que tengamos que conocernos en circunstancias tan tristes –añadió. A Emma le dio pena del pobre hombre. ¿Cuántas veces al día pronunciaría aquellas mismas palabras? A juzgar por su cara, tampoco la repetición le facilitaba las cosas–. Me temo que le espera bastante papeleo, pero antes de eso el forense precisa una identificación oficial. –Emma agachó la cabeza y se echó a llorar, arrepentida de no haber dejado que Harry se encargara de la terrible tarea, co-

mo él mismo le había propuesto. Owen se levantó enseguida, se acuclilló a su lado y le dijo—: Lo siento muchísimo, señora Clifton.

El editor de Harry, Harold Guinzburg, no podría haber sido más considerado y servicial. Le reservó una plaza en el primer vuelo disponible a Londres, en primera. Al menos iría cómodo, se dijo, aunque dudaba que el pobre hombre pudiera dormir. Decidió que aquel no era el momento de comunicarle la buena noticia y se limitó a pedirle que diera a Emma su más sentido pésame.

Cuando Harry abandonó el Pierre Hotel, cuarenta minutos después, se encontró al chófer de Harold a la puerta, esperando para llevarlo al aeropuerto de Idlewild. Subió a la parte trasera de la limusina porque no le apetecía hablar con nadie. Enseguida pensó en Emma y en el mal trago que debía de estar pasando. No le agradaba que fuera ella quien tuviese que identificar el cadáver de su hijo. Quizá el personal del hospital le propusiera que aguardase su regreso.

Ni siquiera reparó en que sería uno de los primeros pasajeros en cruzar el Atlántico sin escalas, porque no podía pensar más que en su hijo y en la ilusión que le hacía ir a Cambridge y comenzar sus estudios universitarios. Después de eso... Harry había dado por supuesto que, con su don natural para los idiomas, el chico querría entrar en el Ministerio de Asuntos Exteriores, o hacerse traductor, o dedicarse, quizá, a la enseñanza, o...

Cuando el Comet despegó, Harry rechazó la copa de champán que le ofreció una azafata sonriente, pero ¿cómo iba a saber ella que no tenía motivo para sonreír? Tampoco le explicó por qué no iba a comer ni a dormir. Durante la guerra, en las trincheras, había aprendido a estar en vela treinta y seis horas, sobreviviendo solo con la adrenalina del miedo. Sabía que no podría dormir hasta que hubiera

visto a su hijo por última vez y sospechaba que, después, la desesperación le impediría conciliar el sueño durante mucho tiempo.

El médico condujo a Emma en silencio por un pasillo inhóspito hasta una puerta herméticamente sellada y señalada con una sola palabra, «Depósito», en letras convenientemente negras sobre el cristal esmerilado. Owen abrió la puerta de un empujón y se apartó para dejar pasar a Emma. La puerta se cerró a su espalda, como succionada. El súbito cambio de temperatura la estremeció, y acto seguido, sus ojos se posaron en una camilla situada en el centro de la estancia. El suave contorno del cuerpo de su hijo podía intuirse bajo la sábana.

A los pies de la camilla había un auxiliar con bata blanca que no dijo nada.

—¿Preparada, señora Clifton? —preguntó Owen con delicadeza.

—Sí —contestó ella rotundamente, clavándose las uñas en las palmas.

Owen dio una cabezada y el auxiliar levantó la sábana y dejó al descubierto un rostro magullado y lleno de cicatrices que Emma reconoció de inmediato. Gritó, cayó al suelo de rodillas y rompió a llorar desconsoladamente.

A Owen y al auxiliar no les extrañó la lógica reacción de aquella madre al ver a su hijo muerto, pero se quedaron pasmados cuando ella dijo en voz baja:

—Ese no es Sebastian.